

Deseos

Por Isabella Mrino De León B1 C

Siempre me han encantado los deseos; los de cumpleaños los dientes del león estrellas fugaces, pestañas, fuentes... Pero, que me gustaran no quiere decir que creyera en ellos del todo, pues alguna vez le pedí a una estrella aprobar matemáticas y nunca lo conseguí. Mi abuela decía que si de verdad quería algo se lo tenía que pedir a la luna, yo no le hacía mucho caso, me parecía una locura, si la luna cumpliera deseos se hablaría de ella como las once horas con once minutos o como los famosos pozos. Sin embargo, ella insistía, cuando me salía mal un examen, una competición, o cuando me declare al chico que me gustaba en primero de la ESO y me rechazó, “eso es porque no se lo has pedido a la luna”, repetía una y otra vez. Aun así, le hice el mismo caso que cuando me decía que me comiera las judías.

Hasta ese día, el día que cambió todo. Estaba con mi hermana en el salón mirando la tele, y entró mi madre con cara de haber estado llorando. “La abuela está muy malita. Vamos a visitarla para que esté contenta y se mejore” dijo forjando una sonrisa. No nos dio detalles, pues no quería preocuparnos, pero yo no era tan inocente como mi hermana pequeña. Yo lo sabía, sabía que eso significaba que el cáncer había vuelto. Ese día la visitamos en el hospital. Aunque parecía estar bien, en la voz se le notaba la debilidad. Por la noche, volviendo a casa en el coche, nadie dijo nada. La radio también estaba apagada, por lo que solo se escuchaban las respiraciones. Estuve todo el camino mirando la luna por la ventana, recordando sus repetitivas palabras. Al llegar a casa me fui corriendo a la habitación y me arrodillé frente a la ventana, y ahí por primera vez le pedí a la luna un deseo, un deseo que repetí todas las noche durante seis meses. Se supone que no se pueden decir los deseos para que se cumplan, pero ya que, como os imaginareis, no se me cumplió, os lo voy a decir: “deseo que mi abuela se ponga bien y se quede conmigo”. Fueron mis palabras a la luna todas y cada una de esas noches. Como ya os he dicho antes, no se cumplió mi deseo, ni porque se lo pedí a la luna, que según mi abuela esa la haría realidad.

Perder a mi abuela no fue terrible solo por su fallecimiento. Lo peor vino después: ver a mi madre llorando, a mi hermanita sin entender nada y a mi padre sin saber cómo consolarnos fue lo que me terminó de destrozar. Esa tristeza se convirtió en rabia, rabia a absolutamente todo, pero más aun hacia los deseos. Estuve años soplando las velas con la mente en blanco, ignorando la luna,

incluso poniendo malas caras cada vez que veía uno de esos pozos que antes me habían gustado tanto. Era muy miserable. Eventualmente, aprendí a vivir con ello, odiar todo no me iba a devolver a mi abuela, pero iba a seguir perdiendo amigos e incluso perdiéndome a mí misma como siguiera así. Seguí adelante volví a pedir deseos en mis cumpleaños, pero eso sí, a la luna nunca la perdonaré. Pasaron los años y conocí a una persona maravillosa, un hombre alto de cabellos de oro. Solo tenía un defecto: todos los fines me invitaba a la playa a ver la luna. Así mismo, todos los fines rechazaba la invitación. Como ya os creeréis, tuve que contarle la historia para explicar mi negativa. El lo entendió y sin intención de convencerme, sino de animarme, me dijo “nadie es para siempre, pero sus cosas favoritas siempre estarán ahí como un pedacito de ellas”. Sus palabras me conmovieron y mi perspectiva cambió. La luna siempre estará ahí para recordarme a mi abuela y eso es bueno más que malo. Esa noche me volví a arrodillar a la ventana por primera vez en quince años, y pedí un deseo a mi abuela a través de la luz: casarme con ese hombre de dorados cabellos y esta vez, la luna me lo cumplió. Mi abuela me lo cumplió.

A mi abuela le encantaba la luna, a mí me encantan los deseos y para vosotros, queridos nietos, yo siempre estaré en ellos. En cada pozo, fuente, pestaña, cumpleaños...

Aquí estaré yo, al menos en vuestros corazones.